

Profesor "regius" de Historia Moderna en la Universidad de Oxford desde 1957 y autor de varios libros, Hugh Trevor-Roper aborda en este trabajo —publicado originalmente en el "International Herald Tribune"— el problema de la unificación europea y su relación con el mantenimiento de la civilización occidental.

CUANDO LA HISTORIA MUNDIAL DEJA DE SER "EUROPEA"

HUGH TREVOR-ROPER

EL hombre occidental se distingue de los otros hombres —no sólo de los pueblos menos desarrollados, sino también de las civilizaciones hindú y china— por su sentido de la historia. Como posee este sentido, periódicamente trata de hacer uso de él para comparar y profetizar. Se ve a sí mismo en un punto del tiempo y mira hacia el futuro. Inexplicablemente parece hacerlo en general (aunque no siempre) cuando se siente pesimista; cuando piensa que puede considerar el futuro como un período no de prosperidad sino de crisis. Se encuentra particularmente dispuesto a hacerlo ahora en que los superpoderes parecen eclipsar a los divididos países de Europa, y en que un nuevo despotismo basado en una tecnología masiva parece amenazar las libertades que Europa afirma haber descubierto. Ahora, por fin, al parecer, la historia mundial está dejando de ser la historia europea y el concepto global de "civilización occidental" que tan recientemente parecía estar firmemente establecido, puede tornarse obsoleto.

Antes de considerar los méritos de este argumento, sería conveniente recordar que no es nuevo. En la época del Renacimiento europeo, cuando la civilización occidental comenzaba a desarrollarse, periódicamente se profetizó su disolución. Algunos pensaban que caería cuando sonaran las trompetas del juicio final; otros, a causa de los turcos. En el siglo XVII, cuando la guerra de

los treinta años, los profetas de la caída se volvieron más insistentes; en el siglo XIX, se tornaron más históricos. El historiador alemán Niebuhr a principios de siglo y el historiador suizo Burckhardt a finales, consideraron que Europa seguía un proceso similar al del Imperio romano en sus últimas convulsiones. Desde entonces hemos tenido a Spengler, a Toynbee y a muchos otros.

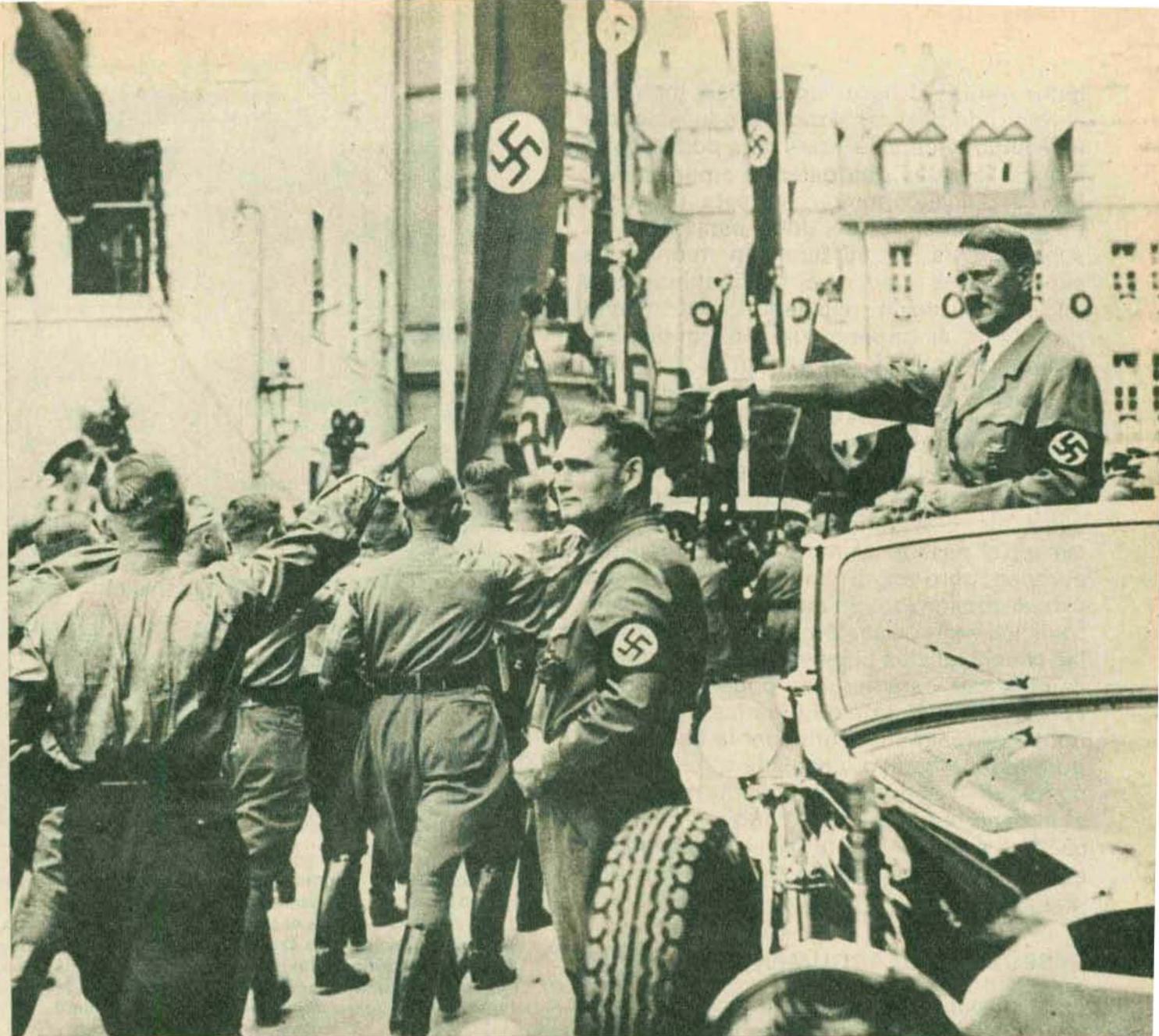
Una vez que el paralelismo general ha sido establecido, los detalles particulares encajan fácilmente. Recientemente Henry Kissinger comparaba los Estados europeos con las ciudades griegas, incapaces de unirse contra el poder de Roma. Otros han visto al comunismo como la nueva ideología que disolverá las tradiciones y la identidad de Occidente, del mismo modo que el cristianismo disolvió y reemplazó a la civilización pagana de la antigüedad.

AMENAZA PARA LA ESTRUCTURA

Estos paralelismos quizá sean verdaderos. El hecho de que se hayan revelado falsos en el pasado no significa que sean erróneos en esta ocasión. Por otra parte, puede que también resulten falsos nuevamente. En cualquier caso, pienso que filosóficamente son inexactos.

No creo que las "civilizaciones" sean organismos diferentes, con ciclo vital regular de modo tal que sus fases se pue-





Degaulle defendió la idea de la "Europa de las patrias", según la cual bajo una estructura federal europea se mantendrían distintas autoridades y sistemas separados. Hitler —a quien vemos sobre estas líneas presidiendo una concentración en Weimar, junto a Rudolf Hess— intentó también unificar Europa, pero con fórmulas tiránicas.

dan predecir como las etapas de la vida animal. Teóricamente, una civilización es capaz de prolongarse o de renovarse indefinidamente. De hecho, si la civilización occidental ha alcanzado su tope máximo ello no se deberá a que ese tope ya estaba fijado de antemano, sino a que esta vez su estructura está amenazada desde fuera o porque ha sido minada desde dentro.

Indudablemente, la civilización occidental se encuentra hoy amenazada. Los grandes cambios tecnológicos de nuestro tiempo han transformado la naturaleza del poder político y muchas de las actitudes del pasado, que consideramos como específicamente "occidentales", parecen ahora pasadas de moda. Por otra parte, los mismos cambios tecnológicos que crearon a

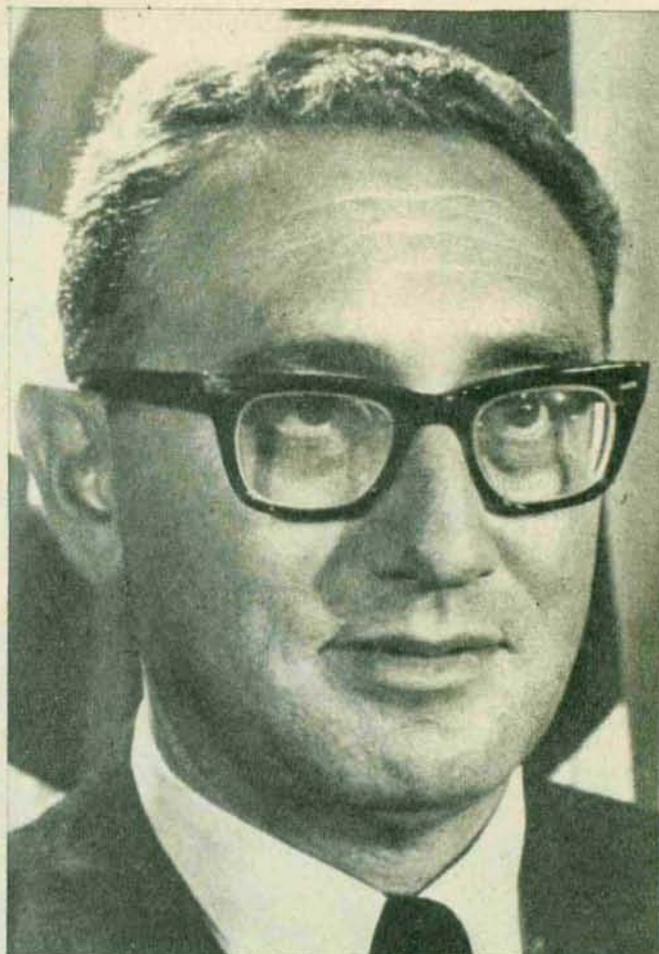
los países europeos, con sus diferentes sociedades competitivas y tradiciones, que fueron el motor de la civilización en el pasado, parecen de pronto impotentes. Si los países de Europa Occidental son los legítimos y necesarios custodios de la civilización occidental, esa civilización es hoy indudablemente débil; débil materialmente porque no pueden resistir el poder de los continentes organizados; débil moralmente porque han perdido la confianza en sí mismos, de la que gozaron durante tanto tiempo.

En el pasado, los liberales europeos —y el "liberalismo" siempre ha sido considerado como el carácter esencial de la civilización occidental— creían en el progreso. Creían que poseían la llave del futuro y que, en consecuencia, el futuro estaba de su

lado. Ahora, al hacer un análisis interno y externo de las tensiones producidas por este siglo, y de los rivales más poderosos y menos liberales que parecen amenazarlos, les es difícil continuar en esta creencia. Parece que el futuro debe estar con los superpoderes, y aunque, en teoría, los superpoderes pueden ser los continuadores de la civilización occidental, del mismo modo que el Imperio romano continuó la civilización griega, no podemos formular semejante presunción con certeza. El marxismo puede ser un legítimo desarrollo del pensamiento occidental, pero el leninismo, no. En Rusia el marxismo ha sido distorsionado hasta tal punto que resulta irreconocible. El experimento americano parecía en el pasado el triunfo del liberalismo europeo, pero ahora también parece haber sido distorsionado. En ambos casos, la vieja tradición se ha transformado por efecto de las circunstancias objetivas: por el histórico cambio del carácter del poder. El poder continental uniforme de América o de Rusia no puede realmente continuar la libertad de Europa, que estuvo vinculada al pluralismo competitivo europeo, del mismo modo que el Imperio romano no continuó realmente la calidad esencial de la civilización griega unida a la libertad de las ciudades-Estados griegas.

RESPUESTA AL ARGUMENTO

La respuesta a este argumento es clara; dado que sólo una forma de sociedad continental y de gobierno es actualmente viable, Europa Occidental debe asumir tal forma. Después de todo, en recursos y en población puede rivalizar con los superpoderes continentales. Teóricamente, no hay razón por la que no pueda también convertirse en un superpoder. Económicamente esto ya está sucediendo, al menos en algunos aspectos. Y este mismo proceso puede verse como la lógica continuación de la historia europea. El último siglo vio la unificación de Italia y Alemania, proceso favorecido por los liberales de entonces. Esta unificación fue al mismo tiempo económica y política: los minúsculos Estados del siglo XVIII se revelaron inadecuados y Napoleón señaló el camino. El imperialismo francés napoleónico fue derrotado, pero después de su derrota se encontraron otros rumbos. En este siglo, bajo la presión del nuevo industrialismo, hasta esos países unificados se han mostrado inadecuados, como lo probó



Recientemente, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, comparaba los actuales países europeos con las "polis" griegas, que fueron incapaces de unirse contra el poder de Roma. A la derecha, los grandes cambios tecnológicos de nuestro tiempo han transformado la naturaleza del poder político, revelando como desfasadas muchas de las actitudes que hasta ahora se denominaban "occidentales".

Hitler. Pero las convulsiones del siglo XX, ahora que hemos derrotado a nuestro último tiránico unificador, ¿no llevan acaso naturalmente hacia una Europa unida que será la única garantía de supervivencia de su propia forma de civilización occidental?

Contra esto puede decirse que una Europa unida política y económicamente, aunque válida como tercer (o cuarto) superpoder, podría alcanzar su viabilidad a un elevado precio y sería un repudio a la típica civilización occidental, que está esencialmente vinculada a una cierta forma de gobierno, a una cierta filosofía. Los liberales que reclaman ser los únicos auténticos representantes de "occidente" insisten en que el gobierno y la filosofía son liberales.

De hecho no creo que esto sea verdad. Hay muchos elementos no liberales en la historia "occidental", así como había monarquías, oligarquías, tiranos y democracias en la antigua Grecia. En efecto, el

liberalismo europeo es el resultado de constantes diferencias internas, y esto se lo debe a las fuerzas no liberales: los liberales declarados si no hubiesen sido atacados hubieran sido tan no-liberales como cualquiera. La cualidad esencial de la civilización europea, a mi entender, no es una política particular o una tradición filosófica, sino su variedad: una variedad que ha llevado a luchas y guerras, pero que también, por interacción continua, creó una tradición de continuidad (que los intelectuales, más tarde, simplificaron) e impidió el estancamiento que periódicamente se produce en la otra gran civilización de China. Como escribiera Gibbon, en el siglo XVIII "la división de Europa en un número de Estados independientes vinculados entre sí por la semejanza general de religión, lenguaje y costumbres produce las consecuencias más benéficas para la libertad de la Humanidad". Para mí, uno de los grandes interrogantes de la unidad europea es: ¿qué proporción de esta benéfica variedad, tan esencial para la civilización europea, puede ser conservada bajo esta unificación política y económica que resulta necesaria para su supervivencia?

De acuerdo que es un problema real. Inevitablemente la creación de un mercado único en Europa llevará a una cierta uniformidad y a las oportunidades de un vasto y peligroso patrocinio que puede debilitar las fuerzas independientes. Si Europa tuviera un día un gobierno central único que controlara un patrocinio unificado me inquietaría por la supervivencia de la herencia europea. Pero puedo ver varias alternativas posibles. En una estructura federal, preservando distintas autoridades y sistemas separados —lo que De Gaulle denominó una "Europe des patries"—, puedo ver los significados de la preservación de la variedad europea, aun dentro de una unidad europea. Porque esa variedad no es artificial, tiene profundas raíces históricas. Precisamente debido a ese enraizamiento las rivalidades europeas han sido tan endémicas en el pasado. Esas rivalidades no son tolerables por más tiempo bajo su vieja forma, pero pueden quizá descubrir otra nueva. Por lo menos ese es el proyecto: No la inocente creencia de que hay una tradición de liberalismo occidental diferente que debe permanecer pura e inmaculada, sino que la supervivencia de nuestra forma de civilización debe depender de ella. ■ H. T. R.

